



«Levántate y ponte en camino»

Día del Seminario 2023



Catequesis para adultos

© Editorial EDICE

Edificio «SEDES SAPIENTIAE»

C/ Manuel Uribe, 4

28033 Madrid

Tlf.: 91 171 73 99

edice@conferenciaepiscopal.es

CATEQUESIS PARA ADULTOS

«*Levántate y ponte en camino*»

Objetivo

Celebrar el Día del Seminario y pedir por las vocaciones al ministerio sacerdotal.

Oración preparatoria para la catequesis

Empezamos este trabajo que nos ha sido encomendado pidiéndole al Espíritu Santo que ilumine las mentes y los corazones de todos nosotros para que este sea fecundo y de provecho para las almas.

Oh, Espíritu Santo, amor del Padre, y del Hijo, inspírame siempre lo que debo pensar, lo que debo decir, cómo debo decirlo, lo que debo callar, cómo debo actuar, lo que debo hacer, para gloria de Dios, bien de las almas y mi propia santificación.

Espíritu Santo, dame agudeza para entender, capacidad para retener, método y facultad para aprender, sutileza para interpretar, gracia y eficacia para hablar.

Dame acierto al empezar, dirección al progresar y perfección al acabar.
Amén.

(Oración al Espíritu Santo del cardenal Verdier)

Sobre el lema de este año

Se inspira en el lema escogido para la JMJ 2023 en Lisboa: «María se levantó y se puso en camino deprisa» (Lc 1,39).

No hay mejor ejemplo para un seminarista, en el Día del Seminario, que tener como modelo a María. Con este lema se contempla el viaje misionero que realiza María para ir a visitar a su prima Isabel teniendo que pasar por lugares extraños, dejando a un lado su casa, sus costumbres y comodidades. Es empujada al mundo.

Cuando Dios le dice a Abrahán: «Sal de tu tierra», se refería a esto; dejar de lado las comodidades, entregar la vida por el resto, darse a los demás. La vida de María se podría resumir en esta frase, ya que su vida consiste en esto, un constante salir de sí misma para entregar su vida en favor de otros.

María es el camino más certero para acercarse a Cristo. Ella no podía ser de otra manera para ser la Madre de Dios, la Madre de Cristo, virgen, pura, fidelísima. Cuanto más imitemos a María, más cerca estaremos de él. Su imitación, solo nos acerca al Amor, con mayúscula. Para un seminarista, esto es importantísimo, ya que, en general, cualquier persona, pero más acentuado en un futuro presbítero, si no se tiene al Señor en el centro, si no se está a su lado, y no se tiene relación con él, la vida de este seminarista estará hueca, vacía, sin frutos.

Además, es importante decir que en María reina la humildad, ya que ella sabe perfectamente que no es un fin en sí misma, ella es una «herramienta», un camino, hacia Dios mismo, hacia un encuentro con él. Ella, como madre, no quiere darles otra cosa a sus hijos que lo mejor, y lo mejor es él, Cristo.

¡Qué alegría más grande es aquella de la religión que tiene madre! Aquella en la que sus fieles pueden abrazar gratuitamente un corazón palpitante de amor y entrega incondicional a pesar de sus debilidades, faltas y pecados. El Señor de la vida se ha hecho vida en el seno de una humilde mujer llena de gracia y nos la dona como puerta del reino de su unigénito, nuestro Señor Jesucristo. María, la de Joaquín y Ana, madre inmaculada de Jesús de Nazaret, se levanta ante nuestra mirada, absorta por la vorágine del día a día, donde la posmodernidad se ha esmerado en curtir los velos de una humanidad cristianizada con tintes de indiferencia, egoísmo y soberbia intelectual, para redirigirnos al camino de la verdad y la vida.

La Madre de Dios nos mira sonriente, y nos quiere acompañar a atravesar este valle de alegrías y lágrimas para encontrarnos con su hijo el Salvador. Ella es quien toma la iniciativa de levantarse y ponerse en camino diligentemente, dando su mano a cada uno de nosotros, sus hijos predilectos. Esta será la melodía que nos apaciguará a lo largo de este nuevo y bendito año 2023, en forma de invitación a un caminar mariano que ha de germinar en una reconversión continua al Verbo de

Dios y a una configuración sincera conforme a los designios del Padre fijándonos en María, madre de la Iglesia.

María es madre y modelo de la Iglesia, que acoge en la fe la Palabra divina y se ofrece a Dios como «tierra fecunda» en la que él puede seguir cumpliendo su misterio de salvación. También la Iglesia participa en el misterio de la maternidad divina mediante la predicación, que siembra por el mundo la semilla del Evangelio, y mediante los sacramentos, que comunican a los hombres la gracia y la vida divina¹.

Son preciosas palabras de un hombre en Cristo que ha sabido instruirnos tanto con la razón como con su magisterio, y que no nos cabe la menor duda de que ahora descansará contemplando cara a cara el rostro de su nazareno por antonomasia. Es por ello por lo que queremos encomendarnos a él y a los santos padres de la Iglesia para que el Espíritu Santo nos ilumine asistiéndonos en la elaboración de esta catequesis (*Κατήχησις*, del griego, 'acción de instruir de viva voz'). Un valioso encargo que recibimos con tensión, por su gran calado y categoría, pero que, al igual que ella, aceptamos de buen grado con entusiasmo y responsabilidad, en nuestra condición de humildes seminaristas complutenses en formación sacerdotal, para servir con alegría y con sencillez a la Iglesia, al Romano Pontífice y a las almas.

Por eso, estando ya casi a las puertas de la Jornada Mundial de la Juventud que se celebrará Dios mediante en el mes de agosto en Portugal, esta será una estupenda ocasión para vibrar con la fuerza y determinación del espíritu jovial, alzando nuestras plegarias y alabanzas a aquel que nos ha librado de la peste funesta y de la epidemia que devasta a mediodía, imbuidas en forma de COVID-19 y de una crisis sin precedentes. Una crisis de la cual no se sale igual, como nos recuerda últimamente el papa Francisco, y que nos presenta una nueva oportunidad para ejercer la misericordia y la fraternidad que es capaz de envolver de paz nuestros corazones afligidos. Una vuelta a la seguridad que nos brinda la santa madre Iglesia para elevarnos por encima de nuestras miserias y restablecer con la gracia de la santísima Trinidad nuestra dignidad, la de los hijos de Dios. Sea pues este acontecimiento un nuevo soplo de aire fresco en nuestro itinerario vocacional, unidos en el seno del cuerpo de Cristo.

¹ BENEDICTO XVI, Homilía XLV, Jornada Mundial de la Paz (1.1.2012).

Aprendiendo de María

En algún momento de su vida, toda persona se plantea interrogantes y preguntas a las que tiene que ir dando respuestas que le vayan acercando cada vez más a Cristo y le ayuden a comprender que solo el amor salva. La presencia de María no deja indiferente a nadie. En su vida, su actitud y su humildad podemos encontrar una referencia, un ideal que guíe y dé sentido a la vida de cada uno de nosotros. Ella es hija, madre y esposa que nos consuela a lo largo de nuestra provisional estancia en este mundo, ayudándonos a prepararnos para el encuentro anhelado con nuestro creador. Ella es la nueva Eva la que según su cántico del magnificat nos ha traído a los seres humanos la mayor alegría; el *Emanuele*, Dios con nosotros, el Salvador, no con soberbia o insolencia, como ocurrió con nuestros primeros padres, sino con humildad, sencillez y obediencia. Un *Fiat* progresivo, como nos lo proclama el evangelio lucano: «Hágase en mí según tu palabra»². Una modesta respuesta al ángel del Señor donde se puede apreciar como el primer paso, antes de la acogida, es la escucha atenta de la palabra.

Así es como podemos empezar a aprender de María, escuchando y confiando. ¿Acaso una madre que se abre a la vida y al amor no está dispuesta a hacer lo que fuera necesario para que a ninguno de sus hijos le falten vida y amor verdaderos? El ejemplo de María es claro, nos da la certeza de que aunque nos pueda resultar en un primer momento difícil aceptar la voluntad de Dios, acogerla con docilidad, confianza y recogimiento nos llena de gozo y de paz. Dios nos habla y nos llama, estén pues nuestros oídos atentos y nuestras mentes despejadas para comprender y acoger ese «Haced lo que él os diga»³.

Cuando se ve el contexto de esta parte del Evangelio —el lema de este año—, no solo se entiende mejor, sino que se facilita aún más su comprensión. Mientras María cuidaba de su prima Isabel, ella estaba embarazada de tres meses. ¿Por qué razón María se olvidó de sí misma y de su embarazo para ponerse a disposición de Isabel? La respuesta a esta pregunta es que el Espíritu Santo encarnó al Hijo de

² Lc 1,38.

³ Jn 2,5.

Dios en María ensanchando su corazón hasta hacerlo uno con el de Dios ordenando su vida en torno a la caridad.

Como dice el Salmo 118: «Corro por el camino de tus mandamientos [Señor], pues tú mi corazón dilatas».

La visita de María es mucho más que una visita a su prima para consolarse y edificarse mutuamente, ni tampoco es (solo) una visita de caridad material para ayudar a su prima en los últimos meses de su embarazo. María lo que está haciendo en silencio es llevando a Jesús cerca del resto, en este caso cerca de san Juan, que como sabemos del propio pasaje del Evangelio, saltó de alegría en el vientre de su madre, Isabel, al escuchar a María.

El viaje de María es un viaje misionero. Qué importante es esto para un seminarista. No nos podemos quedar solo en el mero estudio de la teología y la adquisición de conocimiento. Hay que conocer a Jesús, configurarnos con su corazón y llevárselo al resto. La vida de un candidato al sacerdocio debe ser esto, un perder la vida constantemente con tal de llevar a Jesús a los demás. Sin esto, sin poner en el centro a la fuente de amor infinito, todos nuestros actos estarán vacíos y nos convertiremos en expertos en activismo, pero no en amigos de Cristo.

La labor de un sacerdote no es hacer muchas cosas, esto es un «efecto secundario» de entregar la vida. La labor de un sacerdote es llevar a los demás a Cristo, y ha de hacerlo no solo porque sea su deber, también porque los demás tienen derecho a recibir a Cristo íntegramente.

María es la madre del sumo y eterno Sacerdote, y esto implica que es también la madre de todos los sacerdotes, hombres de Dios que tienen en común con ella ese «sí» generoso y desprendido de los sentimientos del mundo con el que respondieron a la llamada. Ella como madre siempre estará en los momentos lúcidos y oscuros de la vida de cualquier persona y más si ha sido consagrada a su Hijo, cuidando con ternura y presencia maternal a cada individuo, compartiendo sus tristezas y alegrías, sus dudas y seguridades, sus fracasos y triunfos, pues una madre no puede desprenderse de los fuertes vínculos que la unen a sus pequeños, son vínculos que trascienden el ámbito de la responsabilidad, fidelidad y la lealtad; son lazos inquebrantables de amor incondicional. La Virgen María es espejo de justicia, es decir, espejo

de santidad, pues después de Cristo ella es el modelo mas perfecto de santidad, ya que las virtudes de la madre de Jesús reflejan las virtudes de su divino Hijo. Es un hecho real que precisa de una experiencia íntima y sincera, que a la luz de la fe, como nos anima en uno de sus textos san J. H. Newman tras su conversión al catolicismo, nos predispone a acoger con alegría a nuestro Salvador que plugo intervenir en nuestra historia.

Imitemos la fe de la que recibió el mensaje del ángel si ninguna duda; la paciencia de la que soportó la sorpresa de José sin pronunciar una palabra; la obediencia de la que subió a Belén en invierno y dio a luz a nuestro Señor en un establo; el espíritu meditativo de la que ponderaba en su corazón lo que había visto y oído sobre él; la fortaleza de la que su corazón atravesó la espada; la entrega de la que consintió en la muerte de su Hijo⁴.

De María aprendemos a estar siempre abiertos a la gracia de Dios. Él llama a cada uno de nosotros a una vocación particular, y cuenta con nuestra pequeñez y fragilidad para llenarnos gratuitamente de su grandeza acometiendo con cada uno de nosotros esa misión que nos ha sido encomendada. Donde esté ella estará la gracia de Dios, una gracia que es la única capaz de transformar un corazón de piedra en uno de carne dócil a su santa voluntad. Ella ha de ser para cada uno de nosotros un ejemplo de apertura a lo que nos rebosa y nos supera sin anularnos, sino, al contrario, nos perfecciona y nos pone en el camino correcto guardándonos de cualquier desviación voluntaria o involuntaria. María es un espejo donde una persona en Cristo puede mirarse y ver aquello por lo que ha de orar y meditar a los pies del sagrario.

De María aprendemos la pureza de mente, corazón y cuerpo. La belleza de una consagración a lo que el Señor nos pida, guardando su decálogo y practicando la donación y la misericordia con los demás viendo en el otro otro yo. Una hermosa tarea que no resulta de entrada fácil o inmediata, pues todos estamos heridos por esa falta original que ha pretendido autoendiosar erróneamente a la criatura por pura soberbia. La pureza a semejanza de la santa Madre de Dios nos protege de caer en las variantes de aquella tentación, ayudándonos a no ocupar nuestras facultades con banalidades pasajeras y deseos desordenados orientados a compensaciones denigrantes. Nuestra vida ha de revestir-

⁴ C. J. H. NEWMAN, *Discursos sobre la fe*. Vol. 49 (Ediciones Rialp, 2021).

se siempre con la dignidad de los que se saben hijos de Dios, varones y mujeres de bien que no buscan más que agradar a su padre y colaborar con su providencia en el estado que él nos ha invitado a permanecer con limpieza espiritual y sana moralidad.

De María aprendemos la compasión y la solidaridad, porque ella, siendo concededora del sufrimiento y la desesperación del hombre, aceptó, a pesar de la posible repudia o humillaciones que podría padecer, ser la entrada a este mundo del único que podía salvarnos. Ella con su confianza en el Señor y su generosidad demostró que cualquiera de nosotros está capacitado para responder con ese *Fiat*. Aprendemos a anteponer el bien del prójimo al propio, a mirar fuera de nosotros y a no cerrarnos en nosotros mismos manteniendo una actitud despreocupada e indiferente a las necesidades de los demás. Somos mediadores de Cristo, y como tales hemos de permitir que la epifanía del Señor se le muestre al desolado y al afligido con nuestro testimonio. Dar lo que tenemos y pedir lo que damos, un salir al encuentro del otro y un acompañamiento respetuoso con su búsqueda y peregrinar. María siempre está ahí cuando se la necesita. Ella permanece a nuestro lado, amable y paciente, dispuesta a interceder por cada uno de sus hijos sea cual sea su culpa. Fijémonos entonces en el actuar y proceder de esta sencilla muchacha judía, que ya desde el principio fue pensada por él para ser templo y sagrario de la santísima Trinidad, corredentora y figura clave en nuestra historia de salvación.

De María aprendemos la gratitud y la alabanza. Todos recibimos diferentes talentos que hemos de administrar con rectitud y justicia, poniéndolos al servicio de los demás. Son inmerecidos dones que se nos han concedido para ayudar a los demás y llevar almas al cielo. María no pretende ser protagonista o el centro de atención, sino que ocupa siempre un lugar secundario, pero que siempre conduce a Dios Hijo. A Jesús por María, y esto es digno de contemplación y asombro, pues la persona que encuentra al Hijo del Hombre ya no puede volver a ser el mismo. Es un hombre nuevo, que se sabe bendecido por la gracia y que se sabe amado inmerecidamente por el que es bondad infinita. Ante un encuentro con un acontecimiento así, a uno no le queda otra que elevar los ojos al cielo, dar gracias y alabar. Eso nos enseña María desde su concepción hasta su ascensión. Recordemos

las palabras de santa Isabel cuando es visitada por su prima la esposa de José, para apreciar la belleza y la fuerza de un espíritu agradecido que entra en alabanza: «¿De dónde a mí tanto bien, que venga la Madre de mi Señor a visitarme?»⁵.

Por supuesto no solo esto podemos aprender de nuestra santa Madre del cielo, pues ella es la mujer más hermosa y perfecta de toda la creación, un candil que alumbra incesantemente con una luz cálida y profunda cualquier oscuridad que se nos presente en nuestra vocación. Ella es maestra y guía para cada uno de nosotros, es la sede de la sabiduría a la que podemos acudir en cualquier momento del día para encontrar la verdad que busca nuestra inteligencia y la bondad que anhela nuestra voluntad.

Imitar a nuestra Madre

María es ejemplo de vida y entrega para todos nosotros, ella es sin duda el paradigma perfecto de sierva de Dios. Es la criatura que ha vencido al maligno, que nos ha dado, por la gracia de Dios, a nuestro Salvador Jesucristo. Es la mujer que permaneció firme a los pies del madero colaborando con el Hijo en nuestra redención. Quizá nos resulte familiar percatarnos de que muchos de nosotros hemos entrado en contacto con la fe cristiana de la mano de una mujer de la familia, ya sea una abuela, una tía o nuestra propia madre, que nos ha regalado algún que otro recuerdo de piedad y de veneración a la santísima Virgen María.

Como decíamos líneas atrás, ella es espejo de santidad donde cada uno de nosotros puede observarse con sinceridad para conocer cuán cristianos estamos siendo. Es aquí donde debemos profesar nuestra fe y poner en práctica lo que de ella aprendemos, asistidos por el Espíritu Santo, tercera persona de la santísima Trinidad, para que sepamos comprender y seguir las huellas de la Virgen María en nuestro pensar, actuar y proceder. Démonos cuenta de que donde está María están siempre, para nuestro bien y provecho, la eucaristía y el sacramento de la reconciliación. Bajo su amparo disponemos de las medicinas para el espíritu que administran sus hijos sacerdotes y que por ella, maestra

⁵ Lc 1,42-43.

de fe, permanecen unidos al Hijo. Una unión a la que nos invita el Concilio Vaticano II y en especial a los sacerdotes para que contemplen a María como modelo perfecto al que imitar en su propia existencia invocándola como: «Madre del sumo y eterno Sacerdote, reina de los apóstoles, auxilio de los presbíteros en su ministerio». Y los presbíteros, «han de venerarla y amarla con devoción y culto filial».⁶

Imitar a María significa introducirla en el dinamismo integral de nuestra propia existencia, compatible con toda vocación sincera que busca relacionarse con la Madre del Señor. Un ejemplo claro de esa relación es aquel bello nexo maternal que existe entre María y los presbíteros, pues ellos se asemejan más a su hijo primogénito y, al igual que ella, están comprometidos en la misión de proclamar, testimoniar y llevar el Evangelio a todo el mundo. El sacerdote es la sonrisa de Dios en la tierra, que, por su identificación y conformación ministerial a Jesús, puede y debe sentirse hijo predilecto de la Madre de su Señor: «Mujer, ahí tienes a tu hijo [...]. Ahí tienes a tu madre»⁷.

Pero no se puede pensar en María y en Jesús sin traer a la mente a su santo esposo José, que ya en el plan de Dios ocupaba un lugar privilegiado como padre adoptivo del Niño Jesús. Por eso es conveniente dedicarle también una mención al patrono de todos aquellos que hemos sido llamados a seguir los pasos de su propio hijo, el sumo y eterno Sacerdote. Como custodio del Niño nacido en Belén y de la santísima Virgen María, san José es un estandarte y excelente figura del «buen rector», en quien podemos confiar y descansar a lo largo de toda nuestra formación cristiana, fijándonos en este justo israelita cuando tuvo bajo su responsabilidad la formación humana, laboral y espiritual de Jesús, ejerciendo por encargo divino ser el santo mentor de Cristo. Él ha sabido permanecer al lado de María confiando y siguiendo la voluntad de Dios adoptando una actitud prudente y templada en su proceder. Sin duda, un valiosísimo ejemplo para aquellos futuros sacerdotes sobre cuyos hombros un día reposará la confianza de muchos, la responsabilidad de administrar rectamente la parroquia, los sagrados sacramentos y la misión evangelizadora.

⁶ Cf. *Presbyterorum ordinis*, 18.

⁷ Jn 19,25-27.

Imitar a María bajo la custodia de su castísimo esposo, que ha sabido luchar por mantenerse fiel a los designios de Dios, es vivir las bienaventuranzas. Es decir:

- Reconocer nuestra pobreza espiritual y que necesitamos a Dios como nuestro Salvador. Algo que no podemos conseguir por nuestros propios méritos, sino por medio de él por pura misericordia. Ella vivió en humildad, sometida al señorío de Cristo, perteneciéndole así, ya desde ese momento, el reino de los cielos.
- Arrepentirnos y llorar profundamente los pecados; acciones con las que hemos ofendido a Dios. Reconociendo entonces la necesidad de Cristo y clamar con corazón contrito, experimentando el consuelo y la paz que nos trae Jesús cuando acudimos a él con sincero arrepentimiento y con propósito de enmienda. Ella, libre de pecado, nos recibe con un abrazo de madre y nos limpia las lágrimas.
- Confiar plenamente en Dios, elevándonos por encima de las actitudes soberbias de otros o por las injusticias que veamos a nuestro alrededor guardándonos de reaccionar impulsivamente ante esas situaciones. Más bien, permanecer serenos y pacientes actuando acordes a la voluntad de Dios. Así lo hizo María, esperó sin dudar y con la confianza de que Dios cumple lo que dice.
- Anhelar que se cumpla en la tierra la verdadera justicia, la de Dios. Un deseo profundo y con mucha fuerza que nos empuja a buscar y a participar activamente en esa justicia. Es reconocer que esta viene de Dios, porque la hemos experimentado tras recibir en tantas ocasiones el perdón. Un hecho performativo que no nos deja ninguna opción excepto querer seguirle en santidad y obediencia. María fue obediente y nos anima a nosotros a serlo también.
- Identificarnos con el sufrimiento y el dolor ajenos gracias al corazón que se deja transformar por el amor y el perdón de Dios es muestra sublime de compasión. Una actitud que no deja a nadie indiferente ya que ayuda al otro a ser mejor persona y a reconocerse como hijo de Dios. Nuestra madre del cielo nos ayuda a ser mejores personas y a poner la mirada no en los defectos de los demás, sino en lo que Dios quiere hacer en ellos.

- Tener un corazón inclinado hacia las cosas que agradan a Dios, es un corazón orientado hacia la santidad que no se mezcla con los contaminantes del alma. Confesar a Dios como el único Dios verdadero, Señor de la muerte y de la vida. En el corazón de María se guardan la ley y los profetas, se da la pureza y la rectitud de intención integral.
- Trabajar activamente por la paz. Es decir, no solo vivir en ella, sino tomar partido y participar en su realización. Esto forma parte de la misión que Cristo nos ha encomendado; reconciliar al mundo con el Padre. Proporcionársela a toda persona que Dios nos confía llena de gozo y reconforta el alma. María, hija de Dios Padre, es portadora de esa paz y de esa alegría que empapa el corazón.
- Permanecer firmes en la fe, sabiendo las implicaciones que conlleva levantar el estandarte de Cristo para llevar el kerigma⁸ a todos los rincones de este mundo, no es fácil. Esto requiere un corazón locamente enamorado de Dios, un corazón valiente que no teme ni las vicisitudes ni las intimidaciones del mundo. María siempre se ha dejado guiar por la justicia que viene de lo alto, que a pesar de haber vivido estrechamente la pasión de su unigénito no desfalleció, permaneció fiel hasta el final. ¡Dichosos pues los que imitan a la Madre del Señor, porque ya gozan de un anticipo del reino de los cielos!

María no solo es un camino seguro que seguir en el itinerario de cualquier vocación, en general, y un camino espiritual en el itinerario sacerdotal, en particular, sino que desde su santa superioridad maternal divina ejerce desde esa posición preeminente su intercesión y protección para con sus hijos, imágenes y semejanzas de Cristo: sacerdote, profeta y rey.

El seminarista, siempre en comunión con la Iglesia y de su mano, ha de poder verse con claridad en dos espejos a lo largo de su formación vertebrada, como alude la *Ratio Fundamentalis Institutionis Sacerdotalis*, sobre cuatro pilares fundamentales: los de la formación

⁸ En griego, 'anuncio, pregón o proclamación'. A su vez, es sinónimo de la expresión más común Evangelio (en griego, 'buena noticia').

humana, espiritual, académica y pastoral. Uno de estos espejos es el de María, pues este nos mostrará nuestra verdadera disposición para acoger al Hijo de Dios como Señor de nuestra existencia aceptando con sencillez, obediencia y humildad sus designios para con nosotros, respetando la unidad en la variedad. El otro espejo es el de la cruz, es la puerta estrecha que nos conduce a la morada prometida que Jesús glorificado nos ha ido a preparar. Por eso, un formando que rehúsa mirarse en la cruz no podrá acompañar afectiva y efectivamente a su prójimo en los sufrimientos de la vida, las calamidades y las injusticias del mundo. Su preparación estará muy autolimitada y su actuar para con los demás no reflejará la integridad y la unidad de vida característica de los que abrazan con paz y confianza el árbol del sacrificio y la expiación, a ejemplo de la santa que permaneció a los pies de la cruz.

Imitemos pues de María su humildad, su amor a Dios, su amor al prójimo, su fe, su esperanza, su castidad, su pobreza, su obediencia, su paciencia y su vida de oración.

Rezando juntos

Para terminar nuestra meditación acerca de la importancia de la Virgen en la vida de los sacerdotes y seminaristas, pedimos la intercesión de la Virgen María con la oración que hizo el papa san Juan Pablo II en una visita a Lourdes.

Ave, María, mujer pobre y humilde, bendita del Altísimo, Virgen de la Esperanza, profecía de los tiempos nuevos, nosotros nos asociamos a tu canto de alabanza para celebrar los misterios del Señor, para anunciar la venida del reino y la plena liberación del hombre.

Ave, María, humilde sierva del Señor, gloriosa Madre de Cristo, Virgen fiel, morada santa del Verbo, enséñanos a perseverar en la escucha de la Palabra, a ser dóciles a la voz del Espíritu Santo, atentos a sus llamados en la intimidad de la conciencia y a sus manifestaciones en los acontecimientos de la historia.

Ave, María, mujer del dolor, madre de los vivientes, Virgen-esposa ante la cruz, nueva Eva, sé nuestra guía por los caminos del mundo; enséñanos a vivir y a difundir el amor de Cristo, a permanecer contigo junto a las innumerables cruces sobre las cuales tu Hijo está aún crucificado.

Ave, María, mujer fiel, primera discípula, Virgen madre de la Iglesia, ayúdanos a dar siempre razón de la esperanza que está en nosotros, confiando en la bondad del hombre y en el amor del Padre. Enséñanos a construir el mundo desde dentro, en la profundidad del silencio y la oración, en la alegría del amor fraterno, en la fecundidad insustituible de la cruz. Santa María, Madre de los creyentes, ruega por nosotros.

Amén.

Levantémonos con ella, y caminemos

«Jesus, ich liebe dich» («Jesús, te amo», en alemán). Estas fueron las últimas palabras del papa Benedicto XVI antes de fallecer. Con esta frase, Benedicto refleja perfectamente lo que significa levantarse. Levantarse es lo mismo que amarle, por la sencilla razón de que él no pretende que no caigamos, sino que, cuando caigamos, volvamos a mirarle, nos levantemos y le sigamos amando, es decir, no dejar de levantarnos.

Cristo sabe cómo somos y el sacramento de la reconciliación es el único sacramento que se puede recibir cuantas veces uno necesite, es decir, tenemos la oportunidad de levantarnos siempre. Jesús siempre está esperándonos, siempre, sin embargo, nosotros no tenemos que esperarle nunca, ya que él siempre está. «Sé un poco para mí lo que yo soy para ti»⁹, son las palabras que el Señor nos dirige para que consolamos su corazón como él consuela el nuestro.

Uno de los momentos más importantes, para esta catequesis, para contemplar acerca de la pasión del Señor, es decir, en el *via crucis*, es el momento en el que Jesús se encuentra con María, su madre, la cual, estaba dejando de lado lo que probablemente le apetecía o quería, para acompañar a su Hijo, independientemente del sufrimiento que para ella supusiera el verle a él sufrir, a su Hijo.

Esto es amor, el amor que solo viene de él y que no somos capaces de dar si no lo tenemos a él en el centro. Esta es la vocación universal, la vocación al amor, como dice santa Teresa de Lisieux, y cuán importante es que un presbítero (o seminarista) se configure, como se dijo anteriormente, como María, con Cristo, con todo su ser.

⁹ Gabrielle Bossis, *Él y yo*.

Caminar con María significa aquella famosa frase del santo Luis María Grignon de Montfort «A Jesús por María». Imitando a María caminamos de su mano y vamos camino a Jesús.

¿Experimentamos que María es nuestra Madre? Pues María, en la advocación de Guadalupe, nos dice: «¿No estoy yo aquí, que soy tu madre?». Un sacerdote, o futuro sacerdote, no puede vivir sin esta experiencia, no puede vivir conforme al amor, sin madre.

María, madre de los sacerdotes, madre de los seminaristas, ruega por nosotros.

